

El nuevo lenguaje de la historia^A

[Reseña y comentarios]

Germán Colmenares

Dice Fernand Braudel en su obra más reciente: "... el arroz también es un personaje complicado del cual, los historiadores de Occidente, comenzamos a adivinar los múltiples rostros" (p. 121). El arroz puede parecer un personaje histórico extraño, sin duda alguna. Pero resulta sorprendente que un historiador lo considere además un personaje complicado. Y aun, como si fuera poco, [que] aspire a seguir en detalle sus complicaciones, tarea encomendada, en última instancia, a los especialistas. Uno esperaría que la historia pudiera elegir sus propios héroes, para tejer en torno a ellas cualquier leyenda exaltante. Pero he aquí que surge un nuevo personaje, y por añadidura "complicado", cuyo estudio dentro de una perspectiva histórica relega la narración clásica de las hazañas humanas (la vieja concepción romana de la *res gestae*) a un plano minúsculo y sin importancia.

En la nueva obra de Braudel hay otros actores además del arroz. El trigo y el maíz, estrellas mayores de una limitada constelación de cereales entre los cuales figuran la avena, la cebada y hasta el salvado. Todos ellos son más representativos de la vida humana sobre la tierra que las acciones de Hernán Cortés, Pedro el Grande o Luis XVI. Claro que no se trata en este caso de la ilusión histórica que nos proporcionarían unos pocos siglos de la tradición de Occidente, sino de la reconstitución entera de los fundamentos de la vida material de los hombres en Oriente, en la península europea y en la América precolombina. La historia de su verdadera libertad. El ascenso lento, casi imperceptible, de las constricciones de la vida material hacia la conquista de técnicas que la hacen menos penosa. Una historia hasta ahora anónima pero que surge merced a las posibilidades de un cálculo aún imperfecto, y a una elaboración teórica y metodológica.

Para que esto fuera posible, para que el sustento material de civilizaciones enteras apareciera en un primer plano como objeto digno de la elaboración histórica, ha sido necesario un vuelco completo en la concepción y en la sensibilidad de una generación de historiadores. A ello han concurrido la preocupación de economistas como François Simiand, la urgencia misma de periodos críticos en la historia europea

A Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe siècle)* (Paris: Armand Colin, 1967). En *Eco. Revista de la cultura de Occidente*, tomo XVI, n.º 3, enero de 1968, 331-335. El título preciso de la obra es: *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, y Colmenares se refiere al primer tomo: "Les structures du quotidien". Los dos tomos restantes —t. 2: "Les jeux de l'échange" y t. 3 "Les temps du monde"— aparecerían en Francia en 1979. Pronto vendrían las ediciones de toda la obra en muchas lenguas. En castellano aparecerá poco tiempo después la obra completa, y luego de unos pocos años ésta se convertirá en un verdadero clásico, al lado de la primera gran obra de Braudel, que todos hemos leído, sobre el Mediterráneo.

(y mundial) y la receptividad de dos hombres que aspiraban nada menos que a la formulación de una historia “total”, Marc Bloch y Lucien Febvre. A través de la revista *Annales* (que dirige el mismo Braudel, continuador de la obra de Bloch y Febvre) se han recogido por más de treinta años las experiencias de una nueva historia que solo ha esperado la posibilidad de una síntesis para sustituir su propia imagen a una visión demasiado generalizada de los llamados “hechos históricos”.

Este trabajo ha generado, naturalmente, sus propias teorías sobre la historia, o mejor, sobre el trabajo histórico. El mismo Braudel, secundado por algunos de sus discípulos, ha esclarecido algunos conceptos que se asimilan, modestamente, a una metodología. El concepto capital, “historia de larga duración”, opone deliberadamente la nueva metodología a las formas tradicionales de considerar el hecho histórico. No hay ninguna relevancia en los hechos considerados individualmente. Toda ciencia busca ante todo la comprobación de regularidades formulables en leyes generales. Por eso la historia debe desprenderse de la consideración de hechos particulares, dejar de ser una historia “factual” (*événementielle*) para abarcar horizontes más amplios, en suma, para suprimir lo anecdótico y aprehender los movimientos profundos que a veces cristalizan en verdaderas estructuras con el correr de los siglos. Este intento ha requerido colocar la cifra y todo aquello que es susceptible de ser cifrado numéricamente en el centro de las investigaciones, para obtener siquiera un orden aproximado de las magnitudes que suelen enmarcar la vida humana. Esta concepción, expuesta un poco arbitrariamente, permitiría captar los gestos repetidos de todos los hombres y no específicamente las hazañas excepcionales de un solo hombre. Bajo esta luz, asimismo, es posible una nueva comprensión (ni psicológica, ni subjetiva, ni impresionista) de economías, de sociedades, de civilizaciones.

¿Historia de larga duración? Historia, en este caso, de gestos pacientes y monótonos cuya acumulación llega a transfigurarse en una técnica. Como lo expresa Braudel: “... la técnica tiene, finalmente, la misma extensión que la historia”. No se trata de meras revoluciones que se suceden en virtud de un *fiat* atribuible a un esfuerzo desmesurado de la inteligencia o de la voluntad. Las sociedades tardan demasiado para adaptarse o siquiera para “sentir” la necesidad de una técnica recién inventada. En el origen, historia lenta también del crecimiento numérico de los hombres. Y a pesar de que el equilibrio (o el desequilibrio) de las masas humanas sobre el planeta explicaría la esencia de muchos fenómenos, apenas se está en los comienzos. Los refinamientos estadísticos de la demografía histórica apenas nos revelan un orden de magnitudes, una aproximación grosera, y con todo ¡cuántas sugerencias a partir de una simple ecuación entre “el peso del número” y la disponibilidad de los recursos alimenticios! Se aclaran, por ejemplo, las relaciones entre los logros de una civilización y sus disponibilidades materiales, y no es poco. Historia casi inmóvil de hábitos alimenticios que coinciden con ciertas particularidades de civilizaciones enteras y aun de “culturas”, simplemente. Y al lado de la técnica, del número, de los hábitos, se inscriben otras

estructuras, más refinadas acaso, sociales, económicas, culturales. Ningún determinismo, al cabo. Ninguna explicación simple o alguna correlación de apenas dos variables. El historiador procede según la prescripción cartesiana a construir su edificio partiendo de lo aparentemente simple para llegar a lo más complejo. Y de una historia de larga duración a una historia en movimiento. De la inmovilidad de las estructuras se pasa, efectivamente, a los movimientos de coyuntura, es decir, a un tiempo con el cual estamos más familiarizados, a un ritmo entrecortado y perfectamente irregular en el que son posibles las “revoluciones” o aceleraciones del tiempo histórico.

No hay ruptura posible, sin embargo, entre el tiempo que rige la conformación de las estructuras (la larga duración) y el tiempo histórico al que estamos habituados. Del mismo modo, la separación entre vida material, economía, capitalismo, nos advierte Braudel, es puramente teórica, es decir, artificial. La diferencia reside —para el historiador— en las complicaciones del juego, en la consciencia que va penetrando paulatinamente la materia inerte de la necesidad y la va animando con relaciones refinadas entre los hombres. Para mostrar este proceso Braudel escribe un capítulo admirable sobre la moneda. Del análisis de la mera técnica de los cambios se pasa insensiblemente, a través de este instrumento, la moneda, a fenómenos más complejos cuyo examen se reserva el autor para una obra posterior. Una cosa ha quedado en claro, sin embargo: el esfuerzo técnico consagrado a resolver el problema de los cambios y del crédito habría acompañado, al menos, el surgimiento del capitalismo. No se trata de una mera coincidencia, es cierto, pero tampoco Braudel llegaría a afirmar una correlación unívoca.

Puede decirse que para que esta obra fuera posible ha sido necesario un encadenamiento de esfuerzos y la acumulación de un vasto material estadístico sobre cada uno de los problemas a que se refiere. Pero se trata de una obra de síntesis. Ni su concepción editorial, ni aun la originalidad de algunos de sus temas, están dedicados a los especialistas o a historiadores especialmente preocupados en cuestiones teóricas y metodológicas. El libro encadena imágenes atrayentes, esboza soluciones, sugiere problemas. La profusión misma de las ilustraciones se exhibe a la curiosidad y a la reflexión al mismo tiempo. Por eso sería un poco aberrante no señalar uno de sus mayores méritos. El haberse atendido a un rigor sin concesiones y al mismo tiempo constituir una lectura fascinante. La observación del historiador se extiende a la moda, a los hábitos aparentemente sin trascendencia y siempre buscar captar su significación más profunda. En el caso de la moda, por ejemplo, Braudel insiste una y otra vez en tomar en serio su significación social y económica y aun política. No se trata en ningún caso de poner de relieve lo anecdótico sino de seguir, a través suyo, proyecciones más profundas. “El vestido es un lenguaje. No es más engañoso que las curvas de los demógrafos o de los historiadores de los precios”. De acuerdo. Pero el nuevo lenguaje que trata de descifrar la historia ha requerido acaso un esfuerzo parecido de la imaginación al que exigieron la piedra Rosetta o la roca de Behistun.